

XXXIX Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2023

LETRAHERIDOS

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

PREMIO

El 14 de Julio de 2023,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Carlos Castán, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima novena
edición al cuento titulado Letraheridos,
de Raúl Clavero Blázquez.

Raúl Clavero Blázquez (Salamanca, 1978),
vive en Madrid, donde estudió Filología Hispánica y
un Master de Guión para televisión y cine.

Actualmente trabaja como guionista y
redactor para varias productoras de televisión y radio.

Ha ganado premios de guión en concursos
como el Rovira-Beleta y desde finales de 2011 viene
participando en certámenes de relato breve y de
microrrelatos, obteniendo en este tiempo más de
trescientos premios como el Europe Direct de
Cáceres, el concurso internacional de la Semana
Negra de Gijón, el ciudad de Marbella, el Joaquín
Lobato, el Unicaja de Málaga, el Camilo José Cela
de Padrón, el Ciudad de Elda o el José Calderón
Escalada de Reinoso, entre otros.

Asimismo ha publicado dos libros de
relatos, "Ausencias" en 2017 y "Aluminosis" en 2020,
ambos con la editorial sevillana "La Isla de Sitólá".

LETRAHERIDOS

Una mañana de domingo, Gregorio Sancho, al despertar y descorrer la cortina en la ventana de su dormitorio, pudo ver con claridad cómo siete gigantes ocupaban el lugar del horizonte en el que, hasta ese mismo día, imponentes, orgullosos, desafiantes frente a la lógica del viento, frente a los vuelos aterrados de las aves y la perpetua vocación de incendio que late bajo cada montaña, se habían levantado siete turbinas eólicas de última generación. Aquellos gigantes, monstruos unicejos y desnudos, tal y como Gregorio en persona (con la mirada náufraga de un condenado a muerte sin fecha de ejecución) me relataría mucho más tarde, susurraban su nombre al tiempo que golpeaban la tierra con los puños. Gregorio, convencido de que su conciencia en cierto modo aún dormía, los observó con calma, sentado en la esquina del colchón, con las manos sobre las rodillas, esperando que la realidad se impusiera al letargo del amanecer o a que, al menos, desapareciera la vibración del suelo que amenazaba con arruinar las paredes de su casa, pero tras unos minutos en los que el sol ascendía con pereza sin que nada cambiara, decidió darle otra oportunidad al sueño.

-Es cansancio. Cansancio, nada más – se dijo, y regresó a la cama.

Un par de horas después, sin embargo, hubo de rendirse a la evidencia de que los gigantes seguían allí, invadiendo el aire con sus gruñidos, supo que ya no podría pegar ojo, y se levantó de nuevo, animado además por un impulso creciente que parecía nacer, según sus propias palabras, en el centro mismo de su estómago y que lo empujaba a salir a la calle, a buscar cada una de las injusticias que el mundo ofrece y a comenzar a repararlas hasta hacer del futuro un lugar más habitable. Empeñado en dicho propósito fue golpeado y escupido, perseguido e insultado, descubrió el sabor insólito del barro al ser despedido del banco en el que había trabajado durante dos décadas, y la vulgar amargura del abandono cuando la mujer que desde hacía cuatro meses decía amarlo para siempre rompió con él, de la noche a la mañana, por una serie de vagas razones, hiladas todas ellas por el desconcierto que se había apoderado de ambos.

-Es que no te reconozco, Gregorio. No sé quién eres – le repitió, sosteniendo un bonsái en una mano y arrastrando con la otra una maleta -. Necesito alejarme para pensar. No me busques.

-Soberana y alta señora. Herido me dejas en lo más profundo del corazón. Sin par Dulcinea, te deseo la salud que yo no tengo. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no está de mi parte, si tus desdenes son mi dolor, aunque yo no sea muy sufrido, mal podré sostenerme en esta vida, que además de ser fuerte, es muy duradera.

-Deja ya de hablar así, joder, que das miedo. Y busca ayuda urgente – remató tras una larga pausa aquella mujer de la que Gregorio jamás me reveló su auténtico nombre.

Por fortuna, el espíritu quijotesco que se había adueñado de mi recordado paciente, se diluyó en algo menos de un mes, de no haberlo hecho, sin duda Gregorio habría acabado mal, muy mal, derrotado probablemente, de un modo trágico e irreversible tras provocar alguna absurda pelea en una playa.

En sus primeras sesiones conmigo insistió en señalar que había sentido su voluntad intacta en todo instante, que recordaba incluso los detalles más nimios de sus aventuras (y también de sus conversaciones) y las causas que habían motivado su comportamiento y que, a pesar de lo que pudiera parecer para quien lo observase desde afuera, nunca entendió que hubiese dejado de ser él mismo y, por supuesto, tampoco llegó a pensar que ese fuera el primer brote de una enfermedad desconocida hasta entonces.

Fue unas semanas más tarde cuando el asunto se complicó. Aburrido por la soledad, Gregorio había decidido hacer un crucero de un mes por el Mediterráneo para lo cual dedicó parte del generoso finiquito con el que lo habían despachado en su antiguo empleo. A diferencia de su episodio cervantino, de su aventura marítima Gregorio no guardaba demasiados recuerdos.

-Pasé borracho casi todo el tiempo. Era la única manera de soportar la purpurina de aquello. Definitivamente, navegar en un transatlántico rodeado por cientos de jubilados es algo supuestamente divertido que jamás volveré a hacer – me confesó.

Por suerte, desde su adolescencia, Gregorio había registrado con puntualidad todos sus pormenores diarios en una serie de libretas que me entregó a mí (y que guardo como reliquias sagradas en mi caja fuerte), para que pudiera ir completando sus lagunas mentales. En el inicio del tomo treinta y seis, Gregorio

describe varios intentos, sin éxito, de incorporarse a alguna de las actividades lúdicas del barco, tres acercamientos infructuosos a viudas alemanas, y un par de amaneceres con resaca en cubierta. Es en uno de esos despertares cuando se asoma por la borda y le parece ver un gigantesco cachalote blanco por el que, de inmediato, siente un odio irracional. Durante unas páginas habla de que, en ese instante, las olas se transforman en un corazón que vibra, en un rumor de sirenas casi místico, punzante, que le ofrece una especie de revelación de la verdadera naturaleza del mundo, de todos sus delicados equilibrios, de su sistema de valores y de la necesidad imperiosa de devastarlo todo. Relata Gregorio, con letra temblorosa, cómo es rescatado por un pesquero al anochecer del día siguiente, deshidratado y a varias millas náuticas de distancia.

-Había robado una de las lanchas salvavidas del crucero, y no paraba de repetir que yo era el capitán Ahab. Ya puedes imaginar a quién estaba persiguiendo. Creyeron que había sufrido algún tipo de golpe de calor y estuve en cama el resto del viaje, sedado.

-¿Qué pasó con Moby Dick?

-Lo olvidé en cuanto llegamos a tierra.

-¿Y fuiste al médico?

-Por supuesto que no, ¿sabes lo que hice? Pedí un taxi en el embarcadero, me dirigí al aeropuerto, compré un billete de avión a Ciudad de México y allí uno de autobús a Comala, y me puse a buscar a mi padre, un tal Pedro Páramo.

-¿Lo encontraste?

-Mi padre lleva más de veinte años muerto.

No, no acudió Gregorio en aquella ocasión al médico, y aún tardaría casi dos años en verse enviado a nuestra clínica de reposo. Antes de hacerlo tuvo tiempo de ser don Juan en la frutería de un supermercado.

-Quizá fue mi mejor fase.

El doctor Moreau en un matadero clandestino.

-Juro que le di vida a uno de aquellos engendros.

E incluso Gandalf, el Gris, en los tornos del metro.

-No pasarás, gritaba a los más feos. Era muy divertido.

A quien no le hizo ninguna gracia el comportamiento de Gregorio fue al dueño de la cafetería Villefort, que recibió miles de reseñas negativas, profundamente injuriosas e incluso amenazantes, firmadas por un tal Conde de Montecristo.

-Me denunció, y mi abogado, para evitar que me condenaran, me hizo prometer que me internaría voluntariamente en un psiquiátrico, y por eso acabé aquí – admitió.

-Hace algunas décadas habrían afirmado de ti que padeces de personalidad múltiple, ahora decimos que lo que tienes es un trastorno de identidad disociativo.

-¿Cuál es la diferencia?

-Realmente ninguna, pero he de advertirte que la mayoría de profesionales opinan que tu enfermedad no es real.

-¿Crees que miento?

-Creo que tu crees que no mientes.

-Bueno, en algo estoy de acuerdo con tus compañeros, yo tampoco me considero un enfermo.

-Y sin embargo no tienes control sobre tus actos.

-Yo soy yo todo el tiempo.

-Tú eres cada semana una versión literaria de ti mismo, y nunca decides en quién te vas a convertir.

-Sólo me dejo llevar, hago caso a mis impulsos. Hay mucha más gente como yo.

-¿Realmente crees que hay más personas que trepan a balcones para llamar Julieta a desconocidas?

-No lo sé, no es tan raro.

-Sí lo es, Gregorio, sí lo es. Dime una cosa, ¿por qué crees que tus identidades son las de personajes de novelas?

-Desde mi infancia no he hecho otra cosa que leer. No tenía amigos ni aficiones, y sólo en los libros me sentía cómodo. Siempre quise dedicarme a cualquier oficio relacionado con las letras, pero mis padres me obligaron a estudiar algo más práctico. Sospecho que esto que me ocurre ahora es mi cuerpo, o mi mente, o mi

espíritu, rebelándose por mí de algún modo.

Su historia me recordó a la mía. Yo, como él, también fui un niño retraído y perpetuamente apegado al crujido que hacen las hojas al pasar. Yo, como él, también quise ser escritor, o corrector editorial, o profesor de filología, y yo, como él, también fui obligado por mi familia a ganarme el pan en un empleo más productivo. Por mi parte, elegí la psiquiatría al ser, evidentemente, la rama de conocimiento humano más cercana a la literatura. En la clínica, quien más quien menos, todos sabían de mi pasión lectora, y supongo que por ese motivo me asignaron el expediente de Gregorio. Por eso, y porque nadie creía que su caso llegara a ser relevante.

Se equivocaban.

A lo largo de varias semanas Gregorio siguió asumiendo el papel de diferentes caracteres novelescos, fue Oliver Twist y John Silver, el Largo, fue Miguel Strogoff y Aureliano Buendía, fue Ignatius J. Reilly y el Principito. Cada mutación, invariablemente reconocibles todas, era más breve que la anterior, hasta que una mañana de otoño sucedió algo extraordinario. Entré en su cuarto y encontré sobre su cama a una adolescente, casi niña, de hombros frágiles y color de miel, espalda esbelta, desnuda, sedosa, pelo castaño. Yacía descalza, con un pañuelo a motas anudado en torno al pecho, minifalda, y un seductor lunar junto a los labios. Por un segundo pensé que Gregorio había cometido la locura de llevar una amante a su dormitorio, pero de pronto me fijé en los ojos de la joven, agonizaba en sus pupilas el resignado asombro ante un abismo al que me había enfrentado en los últimos meses.

-¿Gregorio? – pregunté, ¿eres tú?

-¿Puedes llamarme Lolita, por favor? – respondió. Hasta su voz era distinta.

Salí corriendo. Nunca, que yo supiera, se había documentado una transformación física en ningún paciente aquejado de personalidad múltiple (de hecho, nunca se había documentado una transformación física tan radical en ningún paciente de ningún tipo), y tenía que informar a mis superiores.

-No te creerán – escuché entonces a mi espalda, Gregorio era de nuevo, Gregorio -

Tú mismo dijiste que nadie confía en que mi trastorno sea real, cómo van a aceptar que ahora puedo transformarme en una muchacha.

-Te verán.

-Y pensarán que no soy yo, o que si lo soy estoy haciendo una suerte de truco de magia, que quiero engañarles, y que tú eres mi cómplice.

Tenía razón, yo aún no gozaba entre mis pares de ninguna autoridad y no se fiarían de mi palabra. Necesitaba pruebas. En ese instante, frente a mí, la espalda de Gregorio crujió, sus hombros ensancharon y su tronco se retorció bruscamente en su cadera hasta dibujar la reconocible estampa de Quasimodo.

Al día siguiente, a primera hora, regresé a su dormitorio armado con una cámara de vídeo. Por desgracia, al abrir la puerta, no vi a nadie.

-Gregorio, ¿eres el hombre invisible?

No obtuve respuesta. Enseguida, mi enfado inicial tornó en comprensión. Yo, en el lugar de Gregorio, también habría huido, ¿quién desea cargar con el estigma de ser un caso de estudio clínico? Decidí cerrar su ficha sin notificar las novedades y seguí con mi vida, convencido de que Gregorio había hecho lo propio con la suya. Meses más tarde comprendí lo que realmente había pasado cuando mi vista tropezó entre las baldas de mi despacho con un ejemplar de la "Metamorfosis" de Kafka y recordé entonces cómo la mañana en la que Gregorio desapareció yo había aplastado sin querer a un insecto junto a la entrada de su cuarto.

Hasta ahora había mantenido el suceso de Gregorio Sancho en secreto, pero creo que ha llegado el momento de confesar, por escrito, la verdad. Quizá sea porque siento que mis días llegan a su fin, o porque este ánimo justiciero que arde últimamente en mi estómago me obliga a salvar del olvido su nombre, pero lo más seguro es que les hable de Gregorio por miedo, porque llevo varios minutos contemplando desde la ventana de mi salón las figuras de siete gigantes unicejos y desnudos, y sé que el destino de Gregorio será, en breve, también el mío, así que quiero pedirles que de aquí en adelante caminen con cuidado, que esquiven a las cucarachas que se encuentren y que, en caso de matar alguna tengan a bien darle, por favor, un entierro digno.